



*Erasmo Zarzuela*

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos. Venturoso aquél a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo.

*Miguel de Cervantes en: Don Quijote de la Mancha.*



el duende  
director: luis urqueta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
edwin guzmán o.  
benjamin chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telfs. 5254855 -5276816  
e-mail: oruende@la1nmail.com



Zona Franca Oruro S. A

## Los chupacirios

En verdad, nada aburre tanto como la virtud ejemplar que se enjaretan entre sí los dignatarios de la Iglesia. A su criterio, ningún ídolo del Cielo ha pasado una vida carnal en esta Tierra, sólo han hecho el favor incalculable de aterrizar y redimirnos.

Esos ídolos son justamente eso: idealizaciones, magnificaciones, modelos de virtudes ejemplares de los que se conoce únicamente su porción abstracta; de ahí que se venere a ellos y no a los miles de muchachos que perecieron de sed y de hambre en las Malvinas y en el Chaco.

Hay un pecado original en el hecho: existen catálogos de santos puestos por la Iglesia a disposición de quien quiera servirse de los mismos; burdos diccionarios de la corte celestial y sus anexos, que como nomenclador de los seres áureos son un prodigio, pero como esencia vital una empalagosa extravagancia.

Los concilios de Nicea y Trento -que restauraron el culto de las imágenes paganas- son la prueba lapidaria de la naturaleza versátil de los hombres. La iconografía es una iconocaquía. Y la liturgia un guiso en que los tótems primitivos se trocaron por monigotes: la gente no sabe lo que venera.

Vayamos al origen. Cristo, representado lampiño hasta el siglo once, aparece después, como buen judío, con toda la barba. Surgen a posteriori las estatuas y figuras de los santos, talladas, pintadas o incrustadas: la invasión es incalculable.

Y está el aspecto. Cada artesano y artista, en pos de lograr expresión, imbeciliza sus habituales modelos, ya de por sí alterados. Entonces la variedad antropomórfica de los santos se unifica en la estupidez de la postura y en la idiotez del éxtasis. La oración se encamina hacia una pléyade de narcisistas, paranoicos, eunucoides. Son fetiches que ofenden por lo grosero.

Nadie es mejor escultor que la imaginación propia cuando la sublima el ideal; lo correcto sería que los católicos forjaran con la fuerza de su fe la imagen devota. Y que el pedido de gracias se hiciera en silencio, a escondidas de todos, hasta de uno mismo. De lo contrario, es como si los fieles no se arremangaran sin ánimos de lucro, no pusieran las caras de circunstancia sin especular con los sufragios.

El Papa lo sabe. Y como Administrador General de la Indulgencia, va soltando mártires, beatas, virgos y confesores, que acaparan los pedidos en el furor de la moda. Porque los santos se usan un tiempo, como las marcas de autos o de ropa.

Si cada uno se quitara la careta, si un solo cristiano se sacara el trauma, se harían obras buenas de acción de gracias: colegios, hospitales, usinas. Obras superiores, por cierto, a la canonización de un nuevo santo.

*Franco Sanpietro. Escritor argentino,  
reside en Tarija.*